

A través de
mis pequeños ojos

NEFELIBATA



EMILIO ORTIZ

A través de
mis pequeños ojos



Duomo ediciones

Barcelona, 2016

© 2016 por Emilio Ortiz Pulido

© 2016, de esta edición: Antonio Vallardi Editore S.u.r.l., Milán

Todos los derechos reservados

Primera edición: diciembre de 2016

Duomo ediciones es un sello de Antonio Vallardi Editore S.u.r.l.
Av. del Príncipe d'Astúries, 20. 3.º B. Barcelona, 08012 (España)
www.duomoediciones.com

Gruppo Editoriale Mauri Spagnol S.p.A.
www.maurispagnol.it

ISBN: 978-84-16634-68-2

Código IBIC: FA

DL B 23977-2016

Diseño de interiores:
Agustí Estruga

Composición:
Grafime. Mallorca, 1. Barcelona 08014 (España)
www.grafime.com

Impresión:
Romanyà Valls

Impreso en España

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico, telepático o electrónico –incluyendo las fotocopias y la difusión a través de internet– y la distribución de ejemplares de este libro mediante alquiler o préstamos públicos.

Índice

1. <i>Adiós, perrera, adiós</i>	13
2. <i>Días de escuela</i>	28
3. <i>Ésta será mi casa</i>	101
4. <i>Recorrerás las calles nuevamente</i>	113
5. <i>El graduado</i>	132
6. <i>Con la banca hemos topado, amigo Mario</i>	139
7. <i>Y nos dieron las nueve</i>	159
8. <i>Ella</i>	170
9. <i>Diez años con Mario</i>	181
10. <i>Una historia terminable</i>	190
11. <i>Si tú me dices ten</i>	214
12. <i>Volver</i>	221
13. <i>A través de tus ojos</i>	227
14. <i>Si me quieres escribir, ya sabes mi paradero</i>	238
15. <i>Cross y yo</i>	241
16. <i>Si me dan a elegir</i>	243
Epílogo	245
Agradecimientos	251

A mi familia, por estar siempre a mi lado
de modo incondicional, y especialmente a mi hija.

IN MEMORIAM

A Antonia Cordero, por regarnos para siempre
con su lucha y su ejemplo.

I

Adiós, perrera, adiós

ME GUSTAN LAS MAÑANAS, las mañanas siempre traen cosas nuevas. Alguno de mis compañeros remoloneaba, incluso otros ya ladraban. Yo solía ser siempre de los primeros en despertar, pero ese día todo fue distinto. La verdad, no estaba cansado, no tenía pereza alguna; amanecí como casi siempre, fresco cual lechuga.

Se escuchó abrir una puerta, creo que la principal. Después sentí cómo abrían la del pasillo donde se encontraba mi jaula. Todo era muy extraño, cuando los humanos venían a las perreras solían hacerlo dentro de un orden; primero visitaban –lógicamente– las jaulas más cercanas a la entrada, pero esta vez parecía que tenían un objetivo concreto: mi jaula.

El corazón se me aceleró de alegría cuando escuché la voz de Jeremy y después la de Margaret.

–Vamos, Cross, hoy será un día muy especial para ti.

Yo sabía que en nuestras perreras, a diferencia de otras, eso significaba algo bueno. En resumen, que no te darían matarile, vaya.

Pronto comencé a menear con fuerza la cola y a morder mi colchoneta. Margaret se rio mientras Jeremy me puso una correa y, tirando de mí, me dijo:

–Venga, Cross, diles adiós a tus amiguitos.

Me fui a olerle el hocico a Drim, una labradora negra que estaba como un queso de buena, y es que uno, aunque castrado, no es tonto. Oisqueé todo lo que había a mi alrededor y tuve la impresión de que no volvería a ver, a oler, a pisar aquel lugar, y que cuando se cerrara la puerta de la jaula tras de mí ya no regresaría a aquella perrera nunca jamás.

Efectivamente, la puerta principal de las perreras se cerró secamente, como se cerró también una etapa de mi vida.

No había sido mala época, pero es cierto que allí me aburría a veces y que siempre estaba esperando el momento en que Jeremy, mi instructor, viniera para darme alguna clase. Lo bueno que tenía aquel lugar era que convivía con un gran número de los de mi especie.

Me subieron a la furgoneta de la escuela, esa furgoneta a la que subíamos casi a diario para ir a los entrenamientos. Allí había cinco colegas más, a algunos los conocía de haber dado clase por la ciudad o de jugar con ellos en el pipican.

El recorrido fue breve; desde el interior no se podía ver nada pero yo sabía que no íbamos a la ciudad. De pronto se abrió el portón trasero y apareció la sonrisa de Margaret y, tras de sí, el edificio de la residencia de la escuela. Jeremy le puso la correa a uno de mis compañeros y se lo llevó.

–Bueno, muchacho, tú serás el primero en conocer a tu dueño definitivo.

De repente me vino un cúmulo de extrañas sensaciones. Era como si algunas incógnitas ocultas en lo más profundo de mi ser comenzaran a resolverse. Yo nunca, al menos de modo consciente, me había cuestionado para qué era todo aquello.

Aquella resolución natural y espontánea de incógnitas era mágica y hermosa. Una emoción inconmensurable me embargaba, y todo cobró sentido; supe que ese día y ese momento serían cruciales para mí y me sentí muy especial. Hasta entonces todo había sido como un juego; ahora vendría lo bueno, lo mejor, lo extraordinario.

Fue tal la emoción por el cambio que en ese momento no hubo lugar en mi cabeza ni en mi corazón para pensar en todo lo que dejaría atrás a partir de aquel instante.

Intuía que pronto dejaría, y quizá para siempre, aquel lugar, aquellos amigos perrunos, y mi vida cambiaría radicalmente. Pronto salí de mis pensamientos y cavilaciones y empecé a olisquear a mis amiguitos. Comencé por un macho que era de mi raza, un golden retriever. No me sonaba el olor de su trasero y, a buen seguro, no lo conocía de antes, pues tengo una memoria tremenda para eso y jamás olvido un olor traseril.

Pronto aquel golden algo más pequeño que yo de tamaño empezó a olfatear mi cuello y ambos meneamos nuestras colas alegremente. Se me cruzaron los cables, como siempre, y me subí con una pata sobre su cogote para hacer amago de derribarlo y darle algo de emoción al juego. Se armó un revuelo tremendo y los otros cuatro compañeros se sumaron al cachondeo. Se pudo escuchar el ruido de nuestros collares al chocar contra la chapa de la furgoneta.

Una labradora blanca se salió de la maraña de colas, patas y hocicos que habíamos creado en un instante y, como si estuviera en trance, comenzó a dar vueltas sobre sí misma mordién dose la cola. Un compañero y yo, cruzándonos una mirada cómplice, nos tiramos encima de ella mordis-

queándola al mismo tiempo que ella hacía lo propio con nosotros.

El jaleo fue tremendo, y eso que el espacio no dio para mucho, pero los otros dos perros comenzaron a ladrar y nosotros a gruñir, aunque de alegría. Empecé a olfatear el trasero de la perrita y me di cuenta de que era Mani, una labradora que hacía meses no veía. En ese momento cesé por mi parte el juego, me paralicé. La realidad, el cambio y la nostalgia anticipada me atraparon por un breve instante, y se alternó en mí la alegría y la tristeza, la inquietud y la incertidumbre; aquello de vivir siempre rodeado por los de mi misma especie terminaría para siempre. Sabía que la vida que me esperaba estaría llena de satisfacciones, pero la simple idea de saber que lo que había conocido hasta entonces jamás regresaría suscitaba en mí un vértigo desconocido.

De repente mi cerebro recibía un chute tremendo de adrenalina y, al instante, otro de melancolía. ¿Estaba, quizás, atravesando la inhóspita frontera de cachorro a adulto?

Por otra parte me sentía especial. Los demás perros, los de la calle, tienen otro tipo de vida. Su existencia se estructura de un modo totalmente distinto, su vida es más lineal. Ellos son perros domésticos, sean cachorros o adultos, pero nosotros vivimos por etapas. En esto nos parecemos a los humanoides, que de cachorros pasan una temporada sin pegar un palo al agua, luego van a la escuela, más tarde al instituto, después a la universidad y, de adultos, a currar como Dios manda. La vida de un perro guía es muy parecida, y la única diferencia es que nosotros el trabajo lo tenemos asegurado. Rara especie la de estos locos seres de dos patas

que son capaces de asegurarnos a nosotros el trabajo y ni siquiera se lo aseguran para ellos.

Un repentino lametón de hocico a ojos me sacó de mis profundas cavilaciones; así comenzó a despedirse Mani de mí. De nuevo se abrió el portón, esta vez era Jeremy. Nuestros corazones estaban palpitantes de emoción. La escogida fue Mani, y se puso muy contenta; mientras Jeremy le enganchó la correa al collar ella le mordisqueaba suavemente el brazo y le lamía la camisa.

Yo estaba también alegre meneando mi cola hasta que el portón de la furgoneta cortó en seco aquel instante al cerrarse. Me quedé en silencio levantando las orejas, y escuché cómo se alejaba el excitado jadeo de Mani. Comencé a lloriquear levemente, por la despedida o por no haber sido yo el afortunado.

«Marcha, amiga, marcha, que pronto nos encontraremos. Quizá nuestros amos ya se conozcan y estén esperándonos como quien espera un hijo. Camina, amiga, camina. Espérame, que ahora iré.»

Observé que mis otros tres compañeros tampoco estaban muy alegres; se quedaron al fondo del vehículo mientras que yo decidí tumbarme bien pegadito al portón. ¿Sería yo el próximo? No tardé en notar el olor de Jeremy y el frescor de la mañana en mi lomo.

—¡Pero bueno, Cross! ¿Ya estás preparado?

Me incorporé y, por ser como siempre tan impulsivo, puse dos patas por fuera de la furgoneta y, de no ser por Jeremy, que me cogió del collar, allí me hubiera pegado una leche tremenda. Sin saber cómo me vi de repente con mis cuatro pezuñas en el asfalto, con la correa puesta y fuera de

la furgoneta. Aproveché para olisquear el tubo de escape y los bajos del vehículo; aquello tenía uno de esos olores fuertes que tanto me gustan. Jeremy me sacó enseguida de aquel festín gustativo con un suave tirón de correa.

Cogimos el camino que lleva a la residencia de la escuela; en aquel edificio era donde dormían y hacían la vida los alumnos humanos mientras duraba su entrenamiento como futuros usuarios de perro guía.

Ese edificio, al igual que las perreras, estaba dentro del mismo complejo, del mismo recinto. Alguna vez habíamos entrado, pero lo más que visité hasta entonces fue la recepción y algún que otro despacho, pero nunca hasta ese día las habitaciones donde dormían los alumnos. También suponía que el edificio estaría dotado de comedor o algo así, pues olía a veces a comida y, desesperado, olisqueaba por todas partes, pero no veía la sustancia por ningún lado.

Tampoco quise desperdiciar aquel día la oportunidad que me ofreció el momento y por el camino comencé a oler algún que otro pis reciente que, humeante todavía, se brindó a mi insaciable hocico. Alguno incluso me era familiar.

Pegué un repentino tirón que hizo tambalear a Jeremy para acercarme a una farola y levantar mi patita, y allí solté casi todo el líquido que llevaba dentro... ¡había que empezar el día a lo grande! Me guardé algo en la vejiga por si me hiciera falta más tarde, que aquí algunos son muy chulitos y van por ahí marcando a diestro y siniestro, y eso no puede ser. Uno tiene que imponerse, que a la mínima se adueñan de todas las farolas y paredes.

Entramos en el edificio y noté el calorcito en mi hocico. Olía muy bien y supuse en ese momento que el comedor

estaba algo retirado de la entrada, aún podía adivinarse que por allí cerca no hacía mucho habían desayunado. Tras saludar Jeremy a la recepcionista me subí con las dos patas delanteras al mostrador para verle la cara, pero de repente Jeremy pegó un tirón de la correa y, exclamando un sonoro «¡No!», me quitó la curiosidad de repente.

Seguimos caminando por un pasillo que apareció a la izquierda, luego torcimos por otro hacia la derecha y pasamos por la puerta del comedor... ¡Aquí estabas, canalla! Instintivamente pegué un tirón hacia la puerta, que estaba abierta, y pude ver varios humanos que estaban recogiendo trozos de pan de las mesas y supongo que algún que otro resto del desayuno. Me miraron y sonrieron. Jeremy pegó el consecuente tirón a mi correa a la vez que chistó de un modo autoritario. Con esa bronca a uno pronto se le va el olor del pan del hocico.

Seguí pensando en aquellos mendruguillos durante unos instantes al tiempo que me relamía, hasta que viramos por un pasillo que no tenía salida. No era demasiado largo, tenía unas cinco puertas a cada lado; me di cuenta... ¡Dios mío, es eso, son las habitaciones de los alumnos! Tras una de esas puertas estaba mi dueño definitivo. Me di cuenta de la solemnidad del momento, y yo pensando en los mendrugos de pan... el corazón parecía salirseme del pecho.

Jeremy dio tres enérgicos toques con el puño en una de las puertas de la derecha, la abrió y en el hocico noté el cambio de olor, me relamí varias veces nervioso, embargado por la intriga y la emoción. Aquel era el olor de mi dueño, de mi futuro amigo inseparable.

Ese olor se convirtió desde entonces en mi favorito, me

acompañó para siempre desde aquel día. Yo lo comparaba con el olor que desprenden las galletas dulces que comen los humanos, esas galletas que para nosotros están prohibidas, pero era muy suave; más que oler a galleta dulce mi amo olía a galleta lejana.

Aún me sorprende como, con lo impulsivo que he sido siempre, me pude contener y no me lancé a la carrera hacia él. Me quedé quieto en la entrada, como si quisiera retener ese momento. Jeremy me miró y me dijo:

–Vamos, Cross.

Dándose unas palmaditas en su propia pierna me animó a seguir adentrándome en la habitación.

–Mario, éste es Cross, es un golden retriever, tiene diecinueve meses y pesa treinta y dos kilogramos, es un perro muy grande para su raza. Bueno, muchacho, aquí lo tienes para ti y para siempre.

Jeremy le entregó la correa a uno de los dos jóvenes que había en la habitación. Mario era un chico alto y muy delgado, llevaba gafas de sol y hablaba muy raro; era moreno, con el pelo corto, de unos veinte años. El otro chico, Luis, era algo más bajo que Mario, no llevaba gafas de sol ni tampoco era ciego. Luis era como si estuviera allí exclusivamente para traducir lo que Mario le decía a Jeremy y lo que Jeremy le decía a Mario, pues Luis a veces hablaba igual de ininteligible que Mario y, en ocasiones, hablaba como el resto.

A Mario le tembló la mano cuando agarró mi correa, estaba visiblemente emocionado. Lo miré tímidamente al rostro y pude comprobar cómo apretaba los labios en un gesto de emoción contenida. Impulsivamente, segundos más tarde, fijé la mirada en una zapatilla que había por allí extraviada. Me tiré

a por ella como alma que lleva el diablo y moviendo mi cola se la ofrecí a Mario. Jeremy y Luis se tronchaban de la risa.

Mario quiso verificar lo que ocurría dirigiendo la mano que tenía libre a mi cabeza, y, palpando mi hocico, comprobó la hazaña. Se sumó a las carcajadas de inmediato.

Jeremy le dijo a Mario que tuviera cuidado a la hora de dejar objetos a mi alcance, ya que yo era un buscador nato, y que en los primeros meses fuera indulgente conmigo. Que si yo le robaba algo, amablemente me lo quitara de la boca sin darle mucha importancia, y luego, según fuera pasando el tiempo y yo me fuera dando cuenta de que él era mi amo, fuera subiendo la intensidad del tono.

Luis tradujo lo dicho por mi instructor y Mario asintió. En resumidas cuentas: el chollo me duraría poquito.

Jeremy miró su reloj y de inmediato asió a Luis del brazo diciéndole:

–Vamos, Luis, ve yendo a la siguiente habitación, que yo iré a la furgoneta para realizar la siguiente entrega.

Ambos nos dirigieron una cálida sonrisa a Mario y a mí, que allí nos quedamos.

Ya una vez solos, nerviosos y emocionados, permanecimos en aquella habitación, la cual no cesé de explorar con mi mirada.

Había algún que otro objeto que de buena gana hubiese cogido; es mi juego favorito, atrapar objetos y provocar a los seres de dos patas para que intenten quitármelos, pero Mario, ahora sentado en un sillón, no me soltaba la correa y tampoco paraba de acariciarme el cogote.

La habitación tenía una cama, un escritorio, el sillón donde se sentó Mario y además, a través de una puerta de cristal,

vi un jardincillo de gravilla que parecía hecho adrede para utilizarlo yo y poder hacer allí mis cositas. Así no tendría que caminar mucho recién despertado cuando saliéramos a dar una vuelta. Aquello tenía pinta de ser muy cómodo, despertarse, que Mario me pusiera mis aparejos (correa y arnés), salir al jardincillo, desfogarme y ¡hala!, a comenzar el día.

Mario, mientras me acariciaba la cabeza, decía cosas en su idioma que yo no entendí, pero por el tono empleado debió de ser algo así como:

–Bueno, pequeño. A partir de ahora seremos inseparables. Yo cuidaré de ti todo lo mejor que sepa y pueda y tú a cambio me tendrás que guiar.

De repente Mario se levantó del sillón y, sin soltarme de la correa, fue hacia el escritorio donde tenía un ordenador. Se sentó en una silla y comenzó a teclear. Al rato apareció en la pantalla el rostro de una joven de unos veinte o veintidós años, más o menos la edad de Mario. La muchacha sonreía y parecía que me miraba.

De todo lo que mi dueño le dijo sólo entendí mi nombre. Ella comenzó a llamarme y a silbarme a la vez que se reía.

A mí, sinceramente, no me cayó muy bien esa chiquilla, tenía un tono cursi que no me gustó un pelo. ¿Sería la novia de Mario? La cosa no comenzó muy bien entre nosotros. Minutos más tarde la chica desapareció de la pantalla. A esas alturas, la verdad, ya no le estaba haciendo demasiado caso.

Mario volvió a teclear y, en esta ocasión, apareció en pantalla una mujer mayor que Mario. Era morena, de unos cincuenta años, y tras la mujer, a los pocos segundos, apareció un hombre de edad similar, de pelo canoso y sonrisa afable. A los dos se los veía emocionados al hablar con Mario.

Al igual que la chica, la cursi que no me cayó demasiado bien, ambos comenzaron a llamarme por mi nombre:

–Cross, Cross...

Mario estuvo hablando un buen rato con esta pareja... ¿serían sus padres?

Al preguntarme esto me vinieron varios pensamientos a la cabeza.

Yo no me acordaba de mi padre, a mi madre sí la recuerdo algo, siempre lamiéndome a mí y a mis hermanitos. De ellos, lo que más recuerdo es su olor, un olor a pelo nuevo y a piel fresca que se mezclaba con un aroma ácido y dulzón. Imagino que los tres cachorros olíamos igual, pero estoy seguro de que nuestra madre nos distinguía. También recuerdo cómo los tres peleábamos para enganchar la teta de mamá cuando teníamos hambre, éramos unos egoístas llorones.

Mi madre era muy tranquila y cariñosa con nosotros, sólo notaba que su carácter se endurecía cuando alguien se acercaba a sus cachorros. Se ponía alerta, siempre alerta.

Me separaron muy pronto de ella para hacerme la operación aquella –creo– y luego me llevaron a vivir con una familia de humanos. En realidad no sabía ni quién era mi padre, pues por allí había mucho golden adulto pululando y podía ser cualquiera; la verdad es que a los perrunos estas cosas nunca nos han importado demasiado.

Alguien dio tres toques en la puerta de la habitación, Mario gritó algo en su extraño idioma y la puerta se abrió. Entró un chico mayor que Mario, de unos cincuenta años, que llevaba una gorra de color rojo y venía acompañado de un perro. Aquel perro, oh, sorpresa, era el golden que conocí en la furgoneta, así que de inmediato me tiré hacia él y él

hacia mí. Nuestros dueños instintivamente nos sujetaron, pero a los pocos segundos fueron indulgentes con nosotros y nos dejaron jugar y olisquearnos.

Mario y el hombre de la gorra roja hablaron unos minutos, los dos parecían muy contentos. El de la gorra ofreció su brazo derecho a Mario para salir de la habitación, y la hazaña de cruzar la puerta los cuatro se convirtió en caótica. Juan, que era como se llamaba el señor de la gorra roja, era ciego también.

Thor, que era el otro golden, y yo, no parábamos de jugar, y Juan cortó la tontería al gritar un severo «¡no!», y eso lo entendimos a la perfección.

Nos dirigimos a la habitación que estaba a la derecha de la de Mario en la que había otro hombre de pelo canoso con unas gafas de sol muy extrañas. Era uno de esos seres de dos patas que, apenas habiéndole conocido, ya te caía simpático; hablaba el extraño idioma de Mario y Juan, pero el tono de su voz era agudo, y al hablar parecía que estaba siempre riéndose. También había un perro en la habitación, era otro de mis amigos que esa mañana habían viajado conmigo desde las perreras hasta la escuela, un labrador negro al que llamaban Kem.

Los tres, Mario, Juan y Julio, que era como se llamaba aquel simpático ser de dos patas, comenzaron a explorarnos con sus manos a nosotros, los perrunos, y cada cual quiso ver cómo eran los otros dos perrunos de sus compañeros.

De repente se formó otra escena caótica que se tradujo en una maraña de correas, algún que otro choque de cabezas de nuestros dueños al agacharse a explorarnos y todo ello mejorado con las risas de estos tres humanos.

Nosotros tres, los perrunos, también contribuimos a hacer todavía más caótica y graciosa esa escena al comenzar a menear nuestras colas a la vez que subíamos la intensidad del juego. En ese momento llamaron a la puerta y entraron tres perrunos más con sus respectivos dueños; allí se iba a liar parda...

En unos instantes estaban los seis dueños hablando a la vez e imagino que contándose las sensaciones vividas al conocer cada uno a su perruno.

Mientras ellos charloteaban y charloteaban nosotros jugábamos sin cesar, pero de repente uno de nuestros dueños terminó el juego con un grito autoritario y los demás lo siguieron casi al unísono. Comenzaron a calmarnos y a acariciarnos la cabecita. Ya sentados algunos, y otros incluso tumbados, nos cruzamos miradas de complicidad como si nos dijéramos de modo silencioso entre nosotros:

–Ya nos han fastidiado el juego estos cenizos.

Jeremy, nuestro entrenador, entró en la habitación acompañado de su intérprete; venía a dar instrucciones a nuestros dueños. Jeremy era un hombre de unos sesenta años, era fornido y, aunque tenía porte autoritario, con nosotros siempre fue –pese a todo– muy cariñoso. Habíamos pasado tanto tiempo con él entrenando, paseando, e incluso jugando, que no podíamos evitar que cuando lo viéramos nos pusiéramos instintivamente de pie para recibir algo de afecto por su parte.

Yo noté desde el momento en que Jeremy me entregó a Mario que tuvo conmigo un cambio de actitud tremendo, ya que de repente se terminó cualquier muestra de afecto y en

ocasiones hacía como que no se daba cuenta de que yo estaba delante. Con los demás perrunos también pasó lo mismo.

Imagino que todo esto lo hizo para que, poco a poco, Mario fuera quien única y exclusivamente me diera afecto, me impusiera su disciplina y que a su vez yo le debiera absoluta sumisión.

Al principio todo me costó mucho, pero no tardé en acostumbrarme a Mario, me alentó pensar que él sería mi dueño para siempre.

Aunque me considero un perruno afortunado, pues he vivido gracias a mi trabajo como guía experiencias magníficas, se podría decir que había experimentado muchos y profundos cambios afectivos.

Yo nací en las mismas perreras de la escuela, y a los tres meses, tras hacerme la operación esa para que no persiga a las perrunas ni tenga tentaciones de subirme encima de ellas para hacerles un buen frota-frota, me llevaron a vivir con una familia de seres de dos patas. Con ellos conviví hasta que cumplí un año y después me llevaron de nuevo a la escuela donde comencé a estudiar y a entrenarme para licenciarme como perro guía. Entrené durante seis meses junto a Jeremy sin apenas separarme de su lado.

Por las noches, en mi jaula, me acordaba mucho de la familia de humanos con la que me crié, sobre todo de los niños, cuando jugábamos en casa o en los parques. También hacía un repaso mental de cómo esta familia me enseñó a comportarme en los sitios públicos donde yo era el único perro que entraba. Aquello de estar en un restaurante, cine, teatro o un tren, me hacía sentir especial, pues en estos si-

tios siempre era yo el único perruno. La gente murmuraba y me convertía en el centro de atención, venían a saludarme, a acariciarme y a decirme todo tipo de piropos, pero supe que era ahora cuando vendría lo verdaderamente interesante; sería a partir de este día cuando mi vida cobraría sentido. Aún no era consciente de todo lo que el destino me ofrecía pero allí estaba yo, a punto de cumplir diecinueve meses, con toda la vida por delante, e intuí grandes y maravillosos cambios.